

Discurso de Ana Diosdado en la ceremonia de investidura en su Doctorado Honoris Causa en la Universidad de Alcalá

11 de diciembre de 2014

Rector Magnífico,

Autoridades locales,

Claustro de la Universidad,

Y especialmente, por las razones más obvias, al Departamento de Filología, Comunicación y Documentación.

Lo primero, por supuesto, es mi agradecimiento por esta distinción y por esta responsabilidad. Me sentí verdaderamente gratificada cuando me comunicaron el deseo de la Universidad de concederme dicha distinción. Por supuesto, cualquier distinción es agradecida, pero nunca ninguna como ésta, ninguna como formar parte de la Universidad de Alcalá de Henares. Me emociona muchísimo estar aquí.

Mi agradecimiento también a todo lo que ha conformado mi carrera y ahora comentaré por qué existe esa carrera, a todos los que han influido en mí, incluso sin yo saberlo, a todos los dramaturgos anteriores y a todas las gentes que he podido conocer y que, sin saberlo yo, sin ser consciente, me han regalado parte de su talento y de su conocimiento.

Empezaré – y terminaré enseguida, no se preocupen ustedes- con una anécdota que siempre puede hacerlo más ameno, pues me han preguntado muchas veces por qué escribo y desde cuándo escribo. Pues desde cuándo no lo sé, porque me da la sensación de que desde siempre.

Cuando nací pesando casi seis kilos –ya era pesada entonces-- era una niña sana, etc. de un matrimonio joven, pero no hablaba. Tanto que mis padres se preocuparon y me llevaron a un especialista, pues la niña no habla, pero no decía nada, ni papá, ni mamá, ni nada parecido. El especialista me hizo las pruebas pertinentes y dijo *“No le pasa nada, ya empezará a hablar, no tiene nada que lo impida”*, y seguí sin hablar mucho tiempo.

Y la anécdota entra en que me llevaban muchas veces a ver al teatro a ver a mi madrina, Margarita Xirgú, la estupenda y maravillosa mujer que era Margarita a su camerino y yo creo que de paso me dejaban un rato allí, como ahora hacen con los abuelos de casi todos los niños. Yo estaba allí sin hablar. Iba a empezar la representación, las compañías tumultuosas de entonces estaban ya por los pasillos y la propia Margarita en su camerino esperando. Dieron la *primera*, como se dice en la jerga teatral, la *segunda* y no se movía nadie, y cuando iban a dar la *tercera*, la primera palabra que dije en mi vida fue *“Timbre”*, por lo visto muy bien pronunciada. Era una mentalidad traumática [ríe] y sobre todo lo que era y lo he sido después – ahora menos-- muy tímida, muy tímida. Lo que me hacía tener un problema con la comunicación, esa palabra tan importante y por eso yo creo que empecé a escribir. Esto se me ocurrió un día que me lo preguntaron y conté esto y tuve fortuna con la anécdota y ya me la

quedé. Y siempre digo que empecé a escribir porque no me apetecía hablar y comunicarme sí [sonríe].

¿Cómo siguió el asunto? El asunto siguió porque yo, al ser hija de un primer actor, habría querido ser actriz, como casi todos los hijos de los grandes actores –y de algunos no tan grandes—pero que les comunican su afán. Mi padre no hubiera querido nunca que yo tuviera que ver nada con el mundo del espectáculo. No le salió bien, pobre. Porque acabé teniendo que ver con el mundo del espectáculo. No como actriz, porque no puedo presumir de ser actriz, porque he hecho muy pocas cosas y casi siempre muy protegida, pero ya escribía. Ya digo, no me acuerdo de cuándo empecé a escribir, pero además escribía como profesional, lo que ha explicado muy gentilmente y muy generosamente sobre todo la doctora Rebollo, que creo que me mira con buenos ojos; ha exagerado un poco la importancia de la cuestión, pero esa era su labor: Gracias.

Empecé a profesionalizar mi escritura muy joven. Escribía artículos, escribía cuentos y escribía novela. Yo empecé escribiendo novela y con suerte. Con suerte porque empecé bien. Me publicaban y tenía un cierto éxito entre la crítica. Un buen día, como un ejercicio, como diciendo ¿Y yo sabría hacer esto?, yo que estoy cerca del teatro, por razones obvias, voy a escribir, para mí, una obra de teatro. *Escribí Olvidados tambores*, antes citada. Un grupo de amigos, dijeron “Tenemos que hacerlo”. Yo dije, “Estáis locos, esto es un ejercicio, no sirve para que se estrene”. Pues lo estrenaron y con mucha, mucha suerte. Con muchos premios, y todo eso. Eso de que el teatro es un veneno debe de ser verdad, porque yo ya seguí escribiendo teatro.

Muchos años después – no quiero hacérselo aburrido y hablar de mí que es tan incómodo—entré en el mundo de la televisión, que entonces se miraba un poco por encima del hombro. Ahora han comprendido que la televisión debe ser y suele ser, cuando se consiguen las metas esperadas, un producto de calidad, parte del mundo del arte. Esto a lo mejor escandaliza a algunos ortodoxos, pero así es. También me pasó lo mismo y seguí.

Voy a hacerles algunas observaciones cuyas notas he tomado aquí para explicar el momento en que vivimos, cosa que no es necesario porque ustedes los saben mejor que yo, pero tal como yo lo siento:

Por ejemplo, las civilizaciones han tenido y tienen una estructura piramidal: a medida que se asciende hacia la cúpula del edificio social se obtienen más posibilidades de dedicarse al ocio, de llevar a cabo las actividades que se elijan y no las que eligen por uno y situarse en un mejor lugar para procurarse la felicidad que en definitiva es la aspiración de todo ser humano.

Pero a medida que se asciende en esa escala se va reduciendo el número de los que pueden disfrutar de estas ventajas y a la vez aumentar el mundo de los desposeídos. Vivimos un momento muy convulso. Esta palabra se dice cada cinco minutos si no es más y efectivamente esto ocurre. No quiero meterme por ese camino, creo no es el momento ni el lugar pero sabemos que vivimos en tiempos convulsos. Estamos viviendo un difícil y terrible fin de ciclo.

Un dramaturgo dijo una vez, no le citaré porque no sé si le gustaría, dijo que la cultura es como un mosaico, con partes más bellas, partes menos bellas, partes prácticas y que una pequeña tesela de ese mosaico es suficiente para comunicarse y hacer un bien que a lo mejor nos pasamos la vida sin saber. De pronto, dentro del anecdotario, esa persona que llega y dice “Ay, yo estaba muy mal, porque tenía no sé qué “ o “Estaba muy feliz y tal frase suya de tal novela de tal guión o de tal obra de teatro me hizo disfrutarlo mucho más o me consoló en un

momento bajo de moral". Esto es comunicarse. También es comunicarse cruzar una calle y que haya una persona que amablemente nos mira sin conocernos, sin saber nada como "*Somos dos seres humanos, estamos en este planeta*". Supongo que todo el mundo ha vivido una experiencia parecida. Eso es comunicarse, lo otro es profesionalizar la comunicación.

Yo he tenido la suerte inmensa, el privilegio de dedicarme a aquello que me gusta. Yo he vivido y vivo mi carrera con pasión. Por supuesto hay momentos malos, hay trabajos que uno no puede con ellos [ríe], pero es lo más importante de mi vida, lo ha sido siempre. Quizá porque la primera palabra de mi vida fue Timbre, no mamá ni papá, quizá por eso.

Seguiré con mis notas, hay pocas, no se preocupen...

A medida que la sociedad avanza, los nuevos nuevos se rebelan contra las cortapisas o las censuras de las antiguas organizaciones y de las antiguas personas. En definitiva es: somos muchos, quítate tú que me voy a poner yo que lo haré mejor. Esto es comprensible, no siempre es verdad. La gente no siempre estamos dividida en tribus o espacios. A mí me preguntan muchas veces en asuntos de trabajo. ¿A qué espectadores o a qué lectores se dirige usted?

Yo no me dirijo a ninguno, o me dirijo a todos. Que me elijan ellos o no, pero yo lo que voy a contar o de lo que voy a hablar es de aquello que siento, lo que me preocupa y lo que me importa. Es una de las satisfacciones que yo puedo tener en mi trabajo hasta ahora. Supongo que alguna cosa más haré [sonríe] pero seguiré en lo mismo: siempre defenderé aquello en lo que realmente creo y no pensando a quién le va a gustar o no. Y unas veces les gusta y otras no [ríe]. Eso es normal.

Todo esto, para hacerlo breve para, repito, no hablar de mí, que es una osa que me violenta muchísimo: Me hace muy feliz, me siento muy reivindicada [se emociona] estando hoy aquí entre ustedes. Ser ya uno de ustedes me anima para seguir en un camino, ya digo, la pequeña tesela.

El mosaico es importante, es tan importante como que la cultura y el arte son el mayor patrimonio [se emociona] y el más alto de una nación. Perdón por la emoción. Gracias